

Aquel rico industrial y comerciante, para el que la diosa Fortuna no guardó ningún secreto y lo llevó impulsado por el camino del éxito, teme morir de una apoplejía, porque de esta enfermedad murieron sus padres. Concede un cuantioso premio, de lo que no hay en nuestro país ejemplo (en lo referente á la cantidad), para el médico que acertase mejor con la terapéutica de dicha dolencia. Se concede á un profesor catalán residente en Madrid por el dictamen de un competente jurado. ¿Quién hubiese adivinado entonces que el gran protector de las investigaciones científicas referentes á la apoplejía había de morir de un cáncer en la lengua? ¡ En los momentos de delirio, agotado por el dolor, ofrecía grandes cantidades al que le quitase la vida, porque no podía soportar tantos sufrimientos!

No á todos los enfermos se les puede ocultar su triste situación, hay muchos que la conocen y son inútiles los sofismas que emplea el cirujano para engañar al paciente. Recordamos siempre con hondo pesar á una infeliz cancerosa del útero, ya en plena caquexia, á la que visitábamos en una sala del Hospital de la Princesa de Madrid.

— Tengo un cáncer incurable — nos decía — es inútil que ustedes me engañen en su buen deseo de consolarme. Denme un veneno y me evitarán tanto sufrimiento. Temíamos cada día, durante la visita, pasar por delante de su cama, porque habíamos agotado todo el repertorio de la mentira, tan justificada para estos desgraciados pacientes.

En algunos casos cualquier imprudencia en el cirujano ó persona extraña puede producir un suicidio, cuando el enfermo toca la triste realidad y convencido de lo inútil de la terapéutica, atormentado por los dolo-

res, conturbado su espíritu, en un estado de demencia, ó por no tener la resignación necesaria, encomienda á la pistola mortífera lo que no pudo lograr el bisturí en su aspiración benéfica. ¡ Así terminó un antiguo empleado de esta Universidad, víctima de un espantoso cáncer del cuello y de la barba !

No queremos recargar con los negros tintes de la realidad el espantoso cuadro que en el canceroso se presenta, ni nuestra pluma es capaz de exteriorizar el concepto basado en los muchísimos enfermos que hemos podido observar en nuestra práctica, algo extensa en el largo transcurrir de la carrera profesional ; pero si no un cuadro que ponga en relieve la más negra fase de la patología humana, vamos á permitirnos, á manera de esfumado boceto, la presentación del canceroso.

El estado moral del canceroso es muy digno de meditado estudio, no sólo en lo referente á su modo de ser intrínseco, sí que también en lo que se relaciona con su familia, deudos y amigos.

La persistencia del tumor que empezó insidiosamente, pero sin alarmantes caracteres, en un principio, se hace rebelde á toda clase de tratamientos farmacológicos, llega á despertar en el enfermo honda zozobra, y, abrumado por el peso de negras incertidumbres, procura descubrir la *incógnita* con intencionadas preguntas al médico que le asiste y á individuos de su familia á quienes cree *sabedores* del diagnóstico de su enfermedad.

En estos casos conviene ser muy prudentes, pero hay que tener en cuenta que el enfermo piensa que la dolencia no tiene importancia porque no le molesta en un principio y porque el médico y la familia, para no alarmar al paciente, no le dicen la verdad de su estado. Pasa tiempo, se pierde la *oportunidad operatoria* y

con ella las garantías de éxito que pudiera tener la operación practicada en el principio. En estos casos, nosotros seguimos la regla de conducta siguiente : no damos importancia á la neoplasia, á la que consideramos *aparentemente* benigna; pero indicamos al enfermo que siendo refractaria á todos los medios farmacológicos, se pudiera convertir más adelante en maligna, por una *transformación* difícil de prevenir, y antes que llegue ese caso extremo conviene operar.

Esta preparación moral para el acto operatorio es sencilla y casi siempre da excelentes resultados, cuando se trata de enfermos profanos á la medicina; pero no es lo mismo si el paciente es un médico, y más si es cirujano y ha operado muchas veces cánceres como el que radica en su propio organismo. ¡ Qué lucha tan terrible se presenta entonces en el ánimo del infeliz paciente! Un célebre cirujano de Granada, que había operado en el Hospital de San Juan de Dios numerosos cánceres, murió de una neoplasia de esta índole, dudando siempre sin concederle importancia á su enfermedad, por la manera como le engañaban sus compañeros. El célebre cirujano francés Hugier, que había realizado tan notables trabajos referentes al cáncer del maxilar superior, murió de una neoplasia de este hueso. Un médico de Cataluña, que había visitado á muchos cancerosos y conocía perfectamente la enfermedad, murió de un cáncer en el esófago, dudando del verdadero diagnóstico, á pesar de proponerle nosotros la *gastrostomía*, cuya operación, le dijimos para consolarle que estaba indicada por una *estrechez esclerósica* que se había presentado *espontáneamente*.

En cambio, recordamos á un médico con un epitelio-
ma de la lengua, que nos dijo la primera vez que nos

consultó : « —Vea esta úlcera, si es un cáncer, engáñeme. » Procuramos disuadirle de sus temores — que estaban muy justificados, — y dudando y creyendo, cayó en la falaz promesa de un titulado médico francés, que hacía de perfecto curandero, muriendo, por fin, atormentado por los más crueles dolores y sufrimientos morales.

A la manera como la especie humana se ha ido transformando en sus caracteres étnicos en el tiempo y el espacio, del mismo modo las enfermedades han sufrido modificaciones muy dignas de tenerse en cuenta para el patólogo.

Muchas dolencias desaparecieron en el transcurso histórico de la Humanidad, otras se han modificado en su intensidad y hasta en su forma. No es la lepra que se describe en los libros antiguos igual en su intensidad á la que podemos observar en los modernos hospitales de leprosos, ni el tifus negro que en el siglo xiv asoló á la mayor parte de Europa, es igual al que hoy observamos en forma endémica. La sífilis, el cólera, la peste bubónica y la fiebre amarilla, que despobló en los primeros años del siglo xix muchas ciudades y lugares de la baja Andalucía, hoy ha desaparecido de Cuba, gracias á los modernos progresos de la Higiene.

El cáncer aumenta en vez de disminuir. Así se explica que por todas partes se dé el grito de alarma y se formen Juntas y Ligas anticancerosas, y en la cátedra, el libro, el periódico y en los laboratorios, se trabaje con fe y sin descanso para buscar medios eficaces con los que se pueda combatir con éxito tan temibles dolencias, que arrebatan la vida á los organismos más fuertes, por el cáncer.

El 23 de mayo último se verificó en Berlín la Asamblea para la fundación de la Asociación Internacional

para investigaciones sobre el cáncer. Fué presidida por Leyden, y como á pesar de la invitación oficial que á España se hizo, no *concurrió nadie*, á España la representó el Dr. Ham Leyden, ex médico de la Embajada alemana en Madrid.

En el banquete habló en nombre de España ; brindó por la Reina y propuso como á miembros honorarios de la Asociación á los Dres. Cortezo y Pulido.

Muchas veces hemos estado dispuestos á escribir la historia del cáncer á través de las distintas épocas que comprende la Historia de la Medicina ; pero tamaña empresa la creímos superior á nuestra capacidad intelectual. Nos engañaba nuestra buena intención ; y nuestro ánimo, al proseguir en dicha tarea, sintió los desfallecimientos de la impotencia mental, al medir la magnitud del *tema*, comparándolo con la pequeñez de nuestras fuerzas. A otras inteligencias superiores está encomendado tan importante asunto, del que se pueden recabar grandes enseñanzas para el presente y porvenir de la patología de tan terrible dolencia.

Hubo un tiempo en que se creyó al cáncer como un animal parasitario, que se implantaba en los órganos con tal voracidad, que destruía las carnes. A este animal se le comparaba á un cangrejo de largas patas, que á manera de raíces, se introducían á través de las membranas para asegurar mejor la subsistencia á expensas de la vida del pobre canceroso. De aquí el nombre de *cancrino* que se le daba por los médicos antiguos.

Era tan persistente esta idea del voraz cangrejo entre el vulgo, como reflejo atávico de los errores médicos en anteriores épocas, que se ponían en las úlceras cancerosas carne de vaca y de otra clase de animales para que el parásito saciase su voracidad en el alimento que

se le proporcionaba y no lo tomase del paciente. Como aquella carne se disociara por el icor canceroso y los fenómenos de la fermentación, tomaba incremento entre el vulgo ignorante tan errónea doctrina. Tan putrefacta curación empujaba al pobre canceroso hacia los bordes de la tumba, precipitando la caquexia.

El cáncer es en la época de la escuela fisiológica de Brouseais un producto flegmático, que en época posterior sustenta Firmat, manifestando que las flegmasias son las causas que lo provocan.

No cabe dentro de los límites de este trabajo, ni la índole de esta solemnidad universitaria lo permite, una excursión histórica referente á lo mucho que se ha trabajado para resolver los múltiples problemas que se relacionan con este terrible padecimiento, verdadero azote de la pobre Humanidad.

Ante la impotencia de la terapéutica, después de grandes investigaciones, han venido épocas de desaliento, que no parecía otra cosa sino que se había apoderado de los médicos el fatalismo musulmán, concretándose al uso de medios terapéuticos tan inocentes, que se dejaba al infeliz enfermo recomendado á los pobres recursos de su organismo, sin tener en cuenta que las fuerzas vitales que con tanto entusiasmo admitían los de la escuela de Montpellier, son fuerzas ciegas, como todas las de la Naturaleza, que necesitan que la inteligencia del hombre las dirija, como el ingeniero lleva las aguas de un río hacia la turbina, y la chispa eléctrica del rayo la sepulta en la tierra por un sencillo conductor.

En el cáncer la Naturaleza es impotente, y ante esta idea el Arte ha empleado medios poderosísimos, y á veces peligrosos planteando el concepto del antiguo

adagio: «á grandes males grandes remedios». Uno de los agentes terapéuticos de más energía es el arsénico, cuya substancia la vemos figurar en todos los remedios heroicos que usaron los médicos antiguos, y de los que el curanderismo ha tomado tanta parte en sus ungüentos y pastas. No siempre son inofensivos estos medios, pues se han producido muchas intoxicaciones arsenicales, muriendo los enfermos, antes que de la enfermedad, de la fuerza del remedio.

Hay multitud de pequeños padecimientos que como fúnebres presagios vienen anunciando la escena patológica, que más tarde se presentará con todos sus horribles caracteres. El individuo que tiene una pequeña prominencia en la piel, que desea su desaparición, porque altera las líneas más ó menos estéticas de su cara, procura destruir la pequeña tumoración con la navaja de afeitar, comprimiéndola con sus dedos, poniéndose ungüentos más ó menos excitantes, empleando cauterizaciones tan inoportunas como perjudiciales; y lo que fué tumor benigno precanceroso, se excita, adquiriendo los caracteres de la malignidad, tomando el desarrollo extraordinario de un cáncer terrible que como iracundo tirano de los órganos los invade y destruye, llevando la intoxicación, la caquexia y la muerte al enfermo que tan imprudentemente provocó el espantoso conflicto.

Los cirujanos antiguos, con aquella intuición clínica, reflejo de atinada observación con que diagnosticaban, daban el nombre de *noli me tangere* á esta clase de prominencias, precursoras del cáncer. En verdad que nada tan gráfico como este nombre para designar á los heraldos de tan temible dolencia. *¡No quiero que me toques!* — decían los cirujanos antiguos — para evitar la presentación del cáncer, pero la cirugía moderna ha dado

una fórmula más exacta, referente á la terapéutica quirúrgica. Esas afecciones precancerosas no se curan con medios farmacológicos; ellas avanzan lentamente en su desarrollo y en este lapso de tiempo puede morir el enfermo de una dolencia intercurrente; mas si se excitan estas prominencias con medicaciones inoportunas, el cáncer aparece en breve plazo con toda la malignidad de tan espantosa neoplasia. Puesto que lentamente en el primer caso, y con rapidez en el segundo se ha de presentar el cáncer, lo mejor es extirpar *de raíz* lo que siempre constituye una temible amenaza. En todos los órdenes de la vida vale más prevenir que no recurrir á medios extremos cuando el conflicto se presenta.

Si esta regla del común pensar tiene los honores de un verdadero axioma, en la Cirugía moderna constituye un principio, al que se debe subordinar la conducta del cirujano en los casos de índole precancerosa. *No quiero que me toques*, puede decir el precanceroso, pero si lo haces, debe ser de tal manera que salga con el bisturí la prominencia y su punto de implantación, en vez de perder el tiempo con medicaciones excitantes, inoportunas y peligrosas.

Otras veces al individuo, por el continuo uso del tabaco, se le presentan erosiones en el labio, y el epitelio se va excitando por el irradiante calor del cigarro; hasta que el epitelioma ó cancroide hace su primera manifestación. Si para desgracia del individuo, toma el cancroide desde el principio la forma terebrante el enfermo sucumbe, aunque se le practique la operación, si ésta no se ejecuta al iniciarse la dolencia.

Hay otros individuos que, aficionados á los manjares fuertes y vinos generosos, sufren trastornos locales en la primera parte del aparato digestivo, manifestándose por

placas de verdaderos psoriasis, que toman un color blanquecino como el nácar, por cuyo motivo se le denomina *leucoplasia*. Esta manifestación precancerosa, viene á denunciar al cáncer de la lengua ó cara interna de la mejilla, que no tardará en hacer su aparición.

El que mastica mal, y los alimentos pasan al estómago sin la debida preparación está expuesto al cáncer del píloro con todas sus graves consecuencias.

Pero aparte de las excitaciones fisiológicas y del contacto de otros excitantes, como sucedía con el *fuligo-lignis-hollin*—que determinaba el *cáncer de los desho-llinadores*, y los mineros, á los que se le presenta el *cloroma* ó *cáncer verde*, hay una predisposición que debe tenerse muy en cuenta, especialmente por los que vivimos en Barcelona y en otras comarcas inmediatas, en las que la atmósfera está saturada de humedad. Un sabio catedrático de Medicina, que hace años murió, manifestaba á sus discípulos: que consideraba el cáncer como una *manifestación reumática*. Esta afirmación concuerda con las observaciones de otros prácticos en diversas regiones, en las que la humedad predomina en el ambiente atmosférico. Nosotros no exponemos una afirmación tan categórica, pero hemos de manifestar en lo referente á la patología cancerosa de nuestras provincias catalanas, que la mayoría de estos enfermos proceden de los pueblos emplazados á orillas de los ríos, ó de aquellas comarcas, en las que el higrómetro señala altos grados de la humedad atmosférica.

En el campo etiológico hemos de señalar un hecho de fácil observación en nuestras provincias.

Las manifestaciones herpéticas tan frecuentes, en nuestra comarca, no son otra cosa que verdadero artrismo, manifestación de una perturbación nutritiva, de-

bido á la alimentación de la carne de cerdo y pescados azules. Estas manifestaciones artríticas suelen ser *pre-cancerosas*. El reumático que contrae el cáncer, está más predispuesto á la recidiva que otro canceroso que no padezca tal discrasia, por el hecho de su *tara patológica*.

Cuando ya el enemigo ha hecho su terrible presentación, no se manifiesta con apariencias alarmantes que puedan llamar la atención del enfermo, para que éste tome sus medidas terapéuticas; se presenta á la *callada*, es indoloro; y como no hace sufrir, pasa inadvertido para desarrollarse sin alteraciones que alarmen á la víctima: es como el ladrón que entra de *puntillas* en el aposento que pretende despojar.

¡Cuántas veces hemos tenido que lamentar el tiempo perdido en el enfermo, dejando escapar la oportunidad operatoria! Si el *ocatio præceps* de Hipócrates tenía tanta importancia en la Terapéutica farmacológica, mucha más la tiene en la Operatoria quirúrgica. El tiempo que pasa no vuelve, ni siquiera se detiene en su veloz carrera: por eso es altamente censurable entretener al desgraciado canceroso con falaces promesas de virtudes curativas de plantas y emplastos que empeoran la situación del paciente. Es criminal que el curandero explote el miedo de los enfermos ante la idea de los dolores de una operación quirúrgica, cuyos temores no existen hoy con la anestesia, y sólo abandone á su víctima cuando ya no haya remedio, después de haberle despojado inicuamente de sus recursos. Hace algún tiempo se presentó en nuestra consulta una infeliz cancerosa en plena caquexia con la mama ulcerada y lleno el pecho de núcleos neoplásicos, en cuya paciente no se podía intentar operación alguna. Hace tres años que me vienen preparando para

la operación — nos decía la infeliz — para cuyo efecto he tomado distintos *remedios muy caros*, por cuyo motivo estoy arruinada! No era posible decirle á la desgraciada enferma su triste y desesperada situación, pero sí á la familia, lamentándonos del tiempo perdido tan criminalmente. ¿Para cuándo estarán dispuestos los Códigos penales á castigar tamaños delitos? ¿Es que la vida humana no tiene otro aspecto en el Código penal que la muerte violenta? ¿No es criminal el que á sabiendas explota la credulidad de un enfermo, ó por ignorancia, sin título alguno que acredite su capacidad científica, se lanza á empresas temerarias?

Hay que decirlo muy á las claras : el curandero que hace el papel de médico y deja escapar la oportunidad operatoria, por interesados fines, comete un verdadero asesinato, acompañado de inicua estafa. Un célebre charlatán francés, llamado le Docteur Noir, se presentó en París con extractos y esencias de la India para curar el cáncer, y por un gran error de diagnóstico de Velpau, Nelatón y otras celebridades de aquella época, curó con sus remedios una *tumefacción flegmática* del labio en uno de los músicos más notables de París. Se creyó de buena fe por hombres científicos y profanos que realmente se había encontrado el específico curativo para el cáncer, por un francés. Para ensayar tan *notable remedio* se pusieron á disposición de Noir todos los cancerosos de las *clínicas oficiales*, y para celebrar tan *fausto suceso* se propuso por los ilusos entusiastas concederle la *borla de Doctor honorario* con todos los honores y preeminencias. Esto le dió gran fama y medios para explotar la credulidad de los enfermos y sus familias, durante el *efímero* reinado de charlatán, el que desapareció sin despedirse de sus clientes ni de sus pro

tectores. ¡ El Doctor honorario ! Diremos como aquel personaje de una zarzuela bufa : ¡ Qué honra tan disparatada !

El charlatán, de cualquier clase y condición que sea, es una terrible plaga social dentro de la plaga cancerosa. Explota al enfermo haciéndole perder la oportunidad operatoria, y después, cuando ya se encuentra desahuciado, es la materia explotable más segura el infeliz canceroso. ¡ Al fin se ha de morir ! ¡ No le quieren practicar la operación ! ¡ *Muerto por muerto*, todo debe ensayarse ! He aquí cómo el *charlatán* viene á representar al vampiro de la leyenda y á constituirse en prematuro heredero del canceroso, tan miserablemente explotado hasta los límites de la tumba.

Es evidente que la moderna Cirugía ha extendido su campo, llevando sus poderosos medios de acción á donde nunca hubieran podido soñarlo nuestros antecesores, y allí donde la Terapéutica farmacológica se declara impotente por los medios indirectos que están á su alcance, la Cirugía lleva la intervención quirúrgica con buen éxito, si la operación llegó á practicarse dentro de los límites de la oportunidad necesaria. En este concepto no conviene perder el tiempo con ensayos ni tanteos farmacológicos. Declarada la neoplasia urge la operación, cuyo éxito estará en razón directa de la premura con que se efectúe. En cambio, si el enfermo está en plena caquexia ¿ á qué practicar una operación inútil ? ¡ *Pereant vi morbi infortunii, non vi remedii* ! ¡ Perezcan los desgraciados por la fuerza de la enfermedad, no por la del remedio.

En verdad que sufre el ánimo al resignarse viendo cómo se muere un canceroso sin intentar medios que, si bien peligrosísimos, pueden dar una vislumbre de espe-

ranza. En este camino se han ensayado inoculaciones de diversos géneros en los cancerosos, en los que la esperanza se ha trocado en el más cruel de los desengaños.

Hubo una época en la que se inocularon cultivos erisipelatosos, fundándose en una teoría muy extraña que subyugó el ánimo de los experimentadores con soñados triunfos. ¡ Todos los fanatismos son terribles ! y el científico es el peor de todos, por las consecuencias que acarrea. La experimentación tiene sus límites dentro de la esfera moral, y su campo de acción está circunscrito por reglas que se fundan en aquel antiguo principio : *primum non nocere*. La Cirugía, la Terapéutica médica y la experimentación, no deben emplearse cuando el canceroso no ha de sacar ventaja alguna y sí horribles sufrimientos que le acorten la vida. Ya que no se puede curar, el fin de la Terapéutica es paliativo ó paregórico, restando sufrimientos y dolores á la persona que está destinada á ser pronto víctima de la muerte. Mas esto no excluye que nos declaremos vencidos sin intentar operaciones arriesgadísimas, rehuyéndolas bajo el fútil pretexto de los peligros que hay que correr. En este punto hay que tener en cuenta el *audaces fortuna juvat timidosque repelit*. Más resultado dará para el progreso de la Ciencia el cirujano hábil y atrevido que no el que deja de operar por declararse vencido sin combatir. Mas esto no significa que el primero se eche en brazos de una Cirugía ciega y temeraria, que no lleva rumbo fijo y va impulsada por los estímulos de una insana notoriedad ó por otras causas difíciles de apreciar por estar encubiertas por el espeso velo de lo que se llama *fuero interno*. ¡ Qué elástica es la conciencia según los móviles que la impulsan ! Así como el gran

poeta Quintana decía á los periodistas en su *Oda á la Prensa*:

Y si queréis que el Universo os crea
dignos del lauro en que ceñís la frente,
que vuestro canto enérgico y valiente
digno también del Universo sea.

Parafraseando este hermoso pensamiento de aquel orador poeta, bien pudiéramos decir que si la sociedad ha de ver en el cirujano al *vir probus medendi peritus*, es necesario que los hechos concuerden con tan sublime definición. Afortunadamente en nuestro país se procura que el *vir probus* quede como principio de moral constituida.

De vez en cuando traspasan la frontera noticias de operaciones en las que hubo *éxito operatorio*, ya que no era posible el *éxito terapéutico*. ¡Hoja de parra con que se procura tapar la vergüenza quirúrgica!

Examinando atentamente la marcha del tumor canceroso, se observa que como la mayoría de las neoplasias su crecimiento no obedece á regla fija, lo que daría la razón á los patólogos que opinan que la nutrición del cáncer y su desarrollo es irregular por la falta de la influencia nerviosa, pues estando constituido el tumor por la célula epitelial atípica sin filetes nerviosos de ninguna especie, no tiene *regulador nutritivo*. A los profanos por no estar versados en los estudios oncológicos les llamará la atención el por qué no teniendo el cáncer nervios, sin embargo determina en un desarrollo dolores tan intensos. La explicación es bien sencilla: en los primeros períodos del crecimiento no hay dolores, porque se dislocan los filetes nerviosos inmediatos; pero al aumentar de volumen el tumor, la compresión es violenta, y por este motivo se explican los dolores lanci-

nantes. Igual explicación tienen las hemorragias cuando ya se presenta el período ulcerativo próximo ó en plena caquexia.

¡Hasta la carioquinesis es irregular en el cáncer! En términos exactos puede formularse la génesis cancerosa del modo siguiente : *es la locura de los epitelios* en que éstos por su mayor preponderancia, imponen su yugo á todos los sistemas orgánicos inmediatos, constituyéndose el epitelio atípico en un *verdadero tirano* que anula las funciones de todo lo que le rodea y después muere por el progreso fatal de su maléfica obra, llevando el icor canceroso y la emigración de las células atípicas á todo el organismo, siguiendo por etapas los vasos y ganglios linfáticos, hasta que, por último, viene la caquexia y la muerte del desgraciado enfermo.

Acontece lo mismo con las diferentes clases de que está constituida una sociedad. Si ésta no tiene *poder regulador*, que modere su marcha; si una de las clases toma una preponderancia exagerada, se establece un *desequilibrio* que termina en *tiranía*, y ésta á su vez se destruye por la transformación regresiva, propia de aquellos organismos, cuyo crecimiento no tuvieron su *regulador prudencial*.

No podemos entrar en detalles, ajenos á la índole de este discurso, referentes á las teorías de los *zoospermios* y *coccidias*, como en lo concerniente á la parte de microbiología, pues en realidad hoy se consideran á las primeras como manifestaciones celulares degenerativas, y á los microbios como accidentales; pero de ningún modo como agentes etiológicos, á pesar de lo que en contrario aseguran algunos autores, que consideran á los microbios como causantes de toda clase de neoplasias.

Hoy están perfectamente deslindadas las flegmasias, las granulosis infecciosas y las neoplasias, y éstas se explican en su etiología, evolución y desarrollo por la célebre teoría de Cohnheim, como procedentes de su origen blastordémico; por más que una serie de causas de distinta índole, puede determinar como agentes de provocación á la neoplasia, que sin este motivo hubiera permanecido en el *sueño germinativo*. ¡Cuántos que viven en perfecta salud son virtualmente cancerosos, porque llevan el germen! Mas si éste queda latente y no hay causa que provoque su desarrollo, puede morir de cualquier enfermedad que no sea cancerosa.

El cáncer aumenta considerablemente en nuestra época. Esta clase de enfermos pierden la oportunidad operatoria por remedios curanderiles y sólo se deciden por la operación cuando ésta no puede ofrecer las garantías de éxito que, en un principio hubieran sido la regla general. Así es, que no es extraño que entre el vulgo sea general la creencia de que la operación no determina la curación radical y que la recidiva es segura. *Cuando la maniobra quirúrgica se practica en buenas condiciones, la regla general es que la curación sea completa.*

Muchas veces el cirujano debe practicar las operaciones, aun cuando éstas no tengan más carácter que el de puramente paliativo, como por ejemplo: el cáncer de la lengua. Un canceroso lingual sufre horriblemente, se traga el icor canceroso que pasa al aparato respiratorio y digestivo, provocando alteraciones profundas funcionales y hasta verdaderas úlceras, como de ello hay multitud de observaciones. Suelen presentarse hemorragias y todo ello puede evitarse por medio de las operaciones paliativas. A más ¿no se le da al operado, aún en

el caso que sobrevenga la recidiva, un *largo compás de espera* que despierta esperanzas y evita sufrimientos? Y casos suelen presentarse, en los que la reposición de fuerzas anima para plantear operaciones más extensas y en mejores condiciones que en un principio.

El canceroso ve siempre en la operación una esperanza, y sería una crueldad lanzarlo á los brazos de la desesperación, manifestándole que su enfermedad, ni aún recurriendo á una operación quirúrgica muy cruenta, tiene remedio.

Casos hay, en los que hecho el balance clínico, el canceroso no ha de obtener ventaja alguna de la operación, antes al contrario, la maniobra quirúrgica le es perjudicial en grado extremo.

Aún en estos casos nunca debe decirse al enfermo que es inoperable, sino que necesita prepararse para que la operación se practique en las mejores condiciones, por más que á la familia del paciente no debe ocultarse el lamentable estado del canceroso.

¡Cuántos medios se han empleado en la época actual para destruir el cáncer! Las inyecciones colorantes, los sueros, los quínicos, los eliminadores de toxinas, las atmósferas antisépticas calientes; todo se ha empleado en los casos extremos, sin que se haya obtenido resultado alguno favorable.

Modernamente estuvieron preconizando el *radium* y los rayos X: el primero con mayores pretensiones que el último, éste limitando su acción á sencillos epitelomas. Los resultados no han correspondido á los entusiasmos y esperanzas; é igual suerte ha corrido el empleo de los efluvios eléctricos por la máquina estática.

El número de cánceres de la mama es extraordinario, pero practicada la operación á tiempo y con una téc-

nica perfeccionada, cual hoy se verifica la maniobra quirúrgica, la recidiva no se presenta sino en limitados casos.

Igual sucede con los cánceres del útero. Un pudor mal entendido en la mujer, hacía que no denunciase el principio de su dolencia, cuando precisamente la operación es de resultados favorables, y sólo confesaba su enfermedad cuando ésta se había extendido por las regiones inmediatas y los dolores eran insufribles. Por practicarse la operación en estos estados de infiltración cancerosa, y ser la recidiva la regla general, llegó á desacreditarse la operación, apoderándose un lamentable pesimismo de científicos y profanos. Hoy, afortunadamente, se fija mejor la oportunidad operatoria, y, las enfermas comprendiendo los intereses de su salud, consultan desde que se inicia la dolencia, y el cirujano puede operar con mayores garantías de éxito.

Conocidas las vías por las que el cáncer se propaga, tanto en la mama como en el útero, el cirujano procura extraer los ganglios relacionados con el padecimiento, al mismo tiempo que determinadas aponeurosis, como la del pectoral mayor, al objeto de evitar las recidivas.

Los ginecólogos obtienen hoy muchos éxitos desde que se van generalizando procedimientos radicales que ponen á las operadas á cubierto de las recidivas.

Una de las ideas que más torturan al canceroso es la referente á su porvenir. Esta clase de enfermos pasan del optimismo al pesimismo, creyendo unas veces que su dolencia no tiene importancia y en otros que su enfermedad no tiene remedio, aun recurriendo á la operación. ¡Si me he de morir, aunque la operación se practique, dejadme morir tranquilo! Esto hemos oído repetidas veces á dichos desgraciados. En cambio, cuando los en-

fermos están en ese período de optimismo rechazan la operación, pues creen de buena fe que su dolencia se curará con todos los medios farmacológicos; y entra en el ánimo de estos enfermos el grado máximo de la desesperación, cuando ven que pasan los días y el tumor aumenta, convirtiéndose la ilusión en el más cruel de los desengaños. Entonces, como si el canceroso conociese el peligro que le amenaza, pide con urgencia la operación, recrimina al cirujano toda clase de aplazamientos, indica que está dispuesto, y desea con ansia, toda clase de maniobras quirúrgicas por cruentas que sean. ¡Es á la manera del náufrago que cifra toda esperanza asido á débil tabla, en medio de proceloso Océano, y lejos de toda clase de recursos! Este cambio moral que se observa en el canceroso, es el despertar del instinto de conservación ante los pasos de la muerte que tiene segura á su víctima.

La herencia cancerosa ha sido muy discutida; pero los hechos observados con entera imparcialidad acusan relación hereditaria directa entre los padres y su descendencia. Es evidente, siguiendo la teoría de Cohnheim, la más aceptable: que la predisposición blastodérmica se hereda, y el descendiente, por el hecho de que un antecesor haya sido canceroso, está más predispuesto á contraer el cáncer, llevando en sí el germen celular, que otro individuo que no haya tenido dichos antecedentes neoplásicos.

Si en las tuberculosis no se hereda el microbio sino solamente la predisposición, que prepara el terreno para que se implante el bacilo, ¿con cuánta más razón no debe admitirse la herencia cancerosa, existiendo el mismo germen de epitelio desde el nacimiento, y que sólo espera un pretexto para desarrollar su malignidad?

Las enfermedades se heredan con más constancia que los bienes de fortuna. Esto vienen diciendo los higienistas : cuyo principio revela un fundamento de atinada observación, á través de las generaciones que han venido sucediéndose en el transcurso de los pasados siglos.

Tristísima es la situación de una madre cancerosa que contrae la neoplasia en lo que fué claustro materno de su hija ó en la glándula con que amamantó á la que fué objeto de sus desvelos y cariños; pero no es menos triste la situación de la hija que ve amenazada su existencia por el cáncer. Llena de recelos é incertidumbres, y teniendo la convicción de que el enemigo acecha el descuido más insignificante, y á veces hasta sin causa aparentemente conocida, para que se presente tan temible dolencia por lo que vive en continua zozobra. La hija recuerda con horror la enfermedad de su madre : aquel horrible calvario, lleno de dolores, angustias y lágrimas, el ícor canceroso, las hemorragias y las letalidades con todo aquel espantoso séquito, precursor de la bárbara agonía ; y como fúnebre remate, la muerte, que los deudos y parientes desean muchas veces á la enferma, apenados de verla sufrir tan horribilmente... ¡Qué espantoso cuadro, cuando hasta la muerte con su ruda saña se espera en ansias del deseo como término compasivo del horrible conflicto !

¡Por fin cesó de sufrir ! ¡Llegó para ella el anhelado descanso ! Estas y otras frases parecidas oímos los médicos constantemente en el seno de las familias, cuando se desarrollan tan tristes escenas y presenciamos aquella horrible fase de la patología humana.

Si el cáncer es hereditario ¿ habría medio legal para impedir el matrimonio del canceroso ? De aquí surge

un cúmulo de cuestiones de gran interés para los higienistas y los legisladores.

En la infancia de la Higiene los consejos de ésta tenían que llevar el sello religioso para cumplirlos, pues el nivel intelectual de los pueblos estaba muy bajo; y hombres como Moisés y Mahoma, comprendiendo la índole de los pueblos hebreo y mahometano, tenían que dar el carácter religioso á todas las prácticas higiénicas. Hoy la higiene extiende sus horizontes de un modo incommensurable: desde el ínfimo y temible microbio hasta las leyes más fundamentales todo incumbe á la Higiene para constituir una buena sociedad. Pero hay esa constante lucha entre el individualismo — hijo del orgullo intransigente que se cree superhumano— y el socialismo que, llevado á la exageración, anula todo el estímulo y toda clase de iniciativas, pasando un *rasero* de bajo nivel por encima de todas las inteligencias. Estas distintas finalidades legislativas, originan en los pueblos irritantes *oligarquías* ó masas inconscientes que nunca podrán ser dueñas de su verdadero destino. La Higiene, como hija predilecta de la Medicina, remonta su vuelo por encima de patrias y fronteras; no reconoce banderías de ninguna clase, pues sólo se inspira en los intereses supremos de la Humanidad, para evitar toda clase de dolencias: bello *desideratum* que tardará mucho tiempo en cumplirse. Los pueblos civilizados se han engrandecido porque han llevado á sus legislaciones los principios higiénicos; y hemos visto desaparecer epidemia que asolaban comarcas enteras. ¡Qué atraso el de nuestro país!

¡Cuanto tiempo ha transcurrido en España para que la vacunación sea obligatoria! ¡Á pesar de ello, la incuria, el abandono y el espíritu de anarquía inconsciente

infiltrado en muchos cerebros, burlan la ley, siendo verdaderamente ignominioso que en nuestro país mueran todavía muchas personas de la viruela, cuando en Alemania se desconoce la enfermedad por la mayoría de los profesores, pues no han tenido medios de observarla en el ser humano.

¿Y ante este atraso no parece una proposición temeraria lo que proponemos? Es bien cierto que el cáncer no se presenta hasta una edad fuera de la época adecuada para contraer matrimonio. No es menos cierto, que en el principio no es fácil fijar el diagnóstico, así como también que hay cancerosos, que con la operación se puede obtener una curación radical, si la extirpación se practica oportunamente. Mas ya que por el atraso de nuestras costumbres no se puede llevar á la legislación medios coercitivos para el matrimonio del canceroso, es un deber de conciencia llamar la atención sobre este punto, pues el vil interés ha llevado — y de ello hemos visto varios ejemplos — á contraer estado matrimonial á cónyuges cancerosos, en los que el amor estaba en razón directa de la dote, la que venía á encubrir como bandera, *taras patológicas* de la peor especie.

No debemos olvidar tampoco que el sarcoma, llamado muy propiamente cáncer de la juventud (pues es la edad más á propósito para su desarrollo), tiene muchas veces una malignidad superior al carcinoma. Tengamos en consideración, por otra parte, que el cáncer epitelial atípico suele presentarse muchas veces á los treinta ó cuarenta años, como de ellos hay múltiples ejemplos, observados por todos los cirujanos y especialmente por los ginecólogos, en el útero. Por otra parte, dadas las necesidades é imperiosas exigencias de la vida moderna, los hombres de nuestra época tardan en con-

traer matrimonio, hasta tanto que no han podido formarse una regular posición económica. Muchos emigran á lejanos países para poner á contribución todas sus iniciativas, lo que representa un gasto de energías y defensas orgánicas extraordinario, y vienen á la tierra nativa con el sello de la vejez prematura y en un estado en que los epitelios tienen una mayor preponderancia sobre el tejido conjuntivo. Añádase á lo expuesto que la mayor parte — procedentes de climas cálidos y húmedos — han estado sujetos á una alimentación inadecuada y vienen con un artrismo de la peor especie, precursor de las enfermedades cancerosas. Esto sucede mucho en Cataluña, especialmente en los pueblos del litoral.

Véase con los datos expuestos muy á la ligera y sin entrar en análisis detenido — por no permitirlo la índole de este discurso — si tenemos razón en lo apuntado anteriormente.

Nada degeneró tanto al pueblo francés, según dice Le Fort, como las guerras que sostuvo Napoleón, á las que concurrieron la parte civil y sana de los pueblos, quedando los enfermos que no quiso el ejército, y son los padres de las generaciones que se han sucedido. Mucho de esto puede tener aplicación á nuestro país con las múltiples guerras civiles y coloniales que ha sostenido España. Añádase á esto el cúmulo de herencias patológicas que vienen sucediéndose y tendremos la explicación de tanto neurasténico, loco, tuberculoso, anémico, herpético ó artrítico, reumático y canceroso, como existe en nuestro país. Ya que el Estado no puede llevar á su legislación medios para evitar la propagación de tantos males, las familias deben tener especial interés en llenar este vacío. Pocas, muy pocas madres

é individuos que iban á contraer matrimonio nos han consultado respecto á este punto de tanto interés é importancia, puesto que el daño no es sólo para los cónyuges, sí que principalmente para los que vienen al mundo y han de pagar las culpas de sus padres, siendo inocentes. No hablemos de la *heredofilia*, pues en este punto se cometen verdaderas iniquidades.

Las familias, especialmente los padres, deben procurar, ante todo, que al contraer matrimonio alguno de sus hijos, tengan la salud necesaria. «Para dar vida es necesario que sobre, no que falte». ¡Qué pocos matrimonios se efectúan en las condiciones que marca la Higiene!

Así se perpetúan esas enfermedades que resultan un vínculo patológico en las familias.

Grande es la responsabilidad que contrae el profesor al asesorar á los padres y tutores en tan difícil asunto. El célebre cirujano Delpech, una de las glorias más legítimas de la Cirugía francesa del siglo XIX, murió asesinado en Montpellier por un novio, despedido por el informe que en conciencia había dado Delpech al padre de la novia. Este, por imprudencia, escudó la negativa en el informe del célebre cirujano; acechó el asesino á Delpech, que venía en su coche para dirigirse á su establecimiento ortopédico, y disparó sobre el profesor, matándole, así como también al cochero, emprendiendo el caballo, con su noble instinto, veloz carrera, hasta que se paró en la puerta del establecimiento, conduciendo á dos inocentes víctimas de feroz asesinato.

Cuando el canceroso ha perdido la oportunidad operatoria, se inicia el período de caquexia ó sobreviene recidiva después de la operación, no teniendo medios el enfermo para permanecer en su domicilio, su situación

es tristísima, dado el limitado número de camas con que cuentan los hospitales en Barcelona. ¿Si no hay medios para hospitalizar á enfermos de dolencias agudas, cómo es posible admitir á pacientes crónicos que, por su misma incurabilidad, ocuparán una cama por espacio de mucho tiempo, y al final aumentará la mortalidad en la estadística del Establecimiento? Gracias á la caridad, que me complazco en reconocer á los jefes de clínica, se admiten á esta clase de enfermos después de intentar el ingreso varias veces en uno y otro hospital. ¡He de morir como una bestia detrás de una tapia! me decía un pobre canceroso al ver la dificultad de su ingreso en el hospital clínico, cuyo número de camas es muy limitado, debido á su presupuesto exiguo. Con muchas dificultades se pudo resolver el conflicto.

En Barcelona faltan hospitales para subvenir á las necesidades benéficas cada día más crecientes en una población que, como nuestra urbe, aumenta de continuo, más que por crecimiento en la natalidad, por esas corrientes de inmigrantes que de todas las regiones de España, asoladas por la miseria, vienen á esta ciudad en busca de trabajo y vida, que no encuentran en los pueblos que vieron nacer á tanto desgraciado: ¡estéril suelo por la incuria de los hombres que pierden el tiempo en la indolencia ó agotan sus energías sin cuidarse de los verdaderos intereses que les están encomendados!

¡Ojalá que mi voz tuviera eco para despertar latentes sentimientos caritativos y se pudiese instituir en Barcelona un hospital para cancerosos, en donde tuvieran ingreso esta clase de enfermos en cualquiera de los períodos de su dolencia!

Mucho ganarían la Ciencia y la Caridad con tan necesaria institución. La primera encontraría ancho campo

para las investigaciones, que hoy se multiplican con ahinco en todos los países cultos, para la curación de tan terrible dolencia. Tenemos fe en las investigaciones futuras. Siempre predicaremos en este sentido, antes que echarnos en brazos de un escepticismo desconsolador y tristísimo.

A vosotros, estudiosos alumnos, á los que llegáis al campo de la Ciencia con el corazón henchido de entusiasmo; á los que estáis convencidos de que el trabajo ennoblece y dignifica al hombre, notad que aún quedan graves problemas que resolver en la terapéutica quirúrgica. A vosotros os invoco especialmente para que no desmayéis ante el arduo problema que reclama todas las energías científicas, tanto de los maestros encanecidos en el ejercicio de nuestra penosa profesión, como las de vosotros que vais á entrar en la lucha con el entusiasmo del bisoño soldado de ese gran ejército de la Ciencia, cuyas huestes no reconocen banderías ni fronteras, y con espíritu amplio de ancha base plantean todos los problemas científicos.

A vosotros, alumnos de Medicina, que tantas pruebas habéis dado en el nuevo Hospital Clínico de un constante estudio y habéis observado con interés el curso de tanto canceroso como han pasado por aquellas enfermerías, y habéis presenciado en las salas de Clínica quirúrgica y operaciones, numerosísimas maniobras operatorias para combatir la terrible dolencia. Vosotros tenéis un compromiso moral contraído en la campaña que se desarrolla contra el cáncer. Es necesario no cejar en tan noble empeño; que las victorias que se obtienen por la Ciencia no producen víctimas de ninguna especie; las evitan librando de la muerte á muchos desgraciados que gozan de la vida por la poderosa intervención del

Arte quirúrgico. Quedan todavía muchos secretos que arrancar á la Naturaleza, que los oculta en pertinaz arcano. Considerad los pasos gigantescos que ha dado la Cirugía en sus últimos años, suprimiendo el dolor, las hemorragias é infecciones; que nos hace presumir que pronto se cumplirá la gran profecía de Le Fort: «En la Cirugía llegará época en que el enfermo será uno de tantos espectadores de su propia operación».

A. MORALES

